



frente de un ejército poderoso de 30.000 hombres. Bonnavet no debió esta preferencia á sus talentos militares, porque de todas las prendas que concurren á formar un buen general, no tenía sino el valor personal, la más comun y última de todas; pero era el caballero más cumplido de toda la corte de Francia por sus modales amables, por su genio insinuante, su conversacion lucida y brillante; y Francisco, que vivía con sus cortesanos con la mayor familiaridad, estaba tan enamorado de las gracias de Bonnavet, que le honraba siempre con las señales más particulares y distinguidas de su favor. Era también el implacable enemigo de Borbon, y como el rey no sabía en esta coyuntura de quién fiarse, creyó no poder colocar mejor que en manos de su favorito el mando de las tropas.

Colonna, encargado de la defensa del Milán, que era su conquista, distaba mucho de contar con fuerzas suficientes para resistir á ejército tan formidable. Apenas tenía con que pagar sus tropas, que se habían disminuido además considerablemente por las enfermedades y desercion; lo que había hecho, á pesar suyo, descuidar las precauciones necesarias para poner el país á cubierto. Se ciñó, pues, únicamente á procurar impedir que el ejército francés pasara el rio Tesino; y como si hubiera olvidado la facilidad con que él mismo lo había atravesado á vista de Lautrec, se prometía con una confianza temeraria salir bien en este proyecto; mas se le frustró como á Lautrec. Bonnavet vadeó el rio sin resistencia por un paraje que encontró indefenso, y los imperiales se retiraron á Milan aparejados á abandonar la ciudad luego que los franceses se presentaran á sus puertas. Por una negligencia inconcebible que Guicciardini atribuye á un espíritu de desvarío. Bonnavet permaneció tres ó cuatro dias sin ir adelante, y perdió la ocasion con que le brindaba la fortuna. Los milaneses se recobraron de su consternacion. Colonna, que abundaba de fuegos aun á la edad de ochenta años, y Moron, cuyo odio á los franceses era infatigable, se ocuparon dia y noche en reparar las fortificaciones, en almacenar víveres, en juntar tropas de las cecanías; y la lentitud de la marcha del ejército francés les dió tiempo de po-

ner á la ciudad en estado de sufrir un sitio. Bonnavet, despues de sufrir algunas tentativas infructuosas que fatigaron á su tropa más que al enemigo, se vió obligado por el rigor de la estacion á retirarse á sus cuarteles de invierno.

En este intervalo, el papa Adriano murió. Tal suceso causó tanto gozo al pueblo romano, cuyo odio y desprecio á este pontífice aumentaba de dia en dia, que en la noche siguiente á su muerte adornaron con guirnaldas la casa de su primer médico con esta inscripcion: *al libertador de su país*. El cardenal de Médicis renovó al instante sus antiguas pretensiones á la dignidad de papa, y entró en el cónclave con las mayores esperanzas de feliz éxito. El pueblo en general no dudaba que saldria con su intento. Con todo eso, á pesar del apoyo de la parcialidad del emperador, á pesar de su crédito personal y gran habilidad en emplear todos los resortes de la astucia, de la intriga y de la corrupcion, que dominan en estas asambleas, la obstinacion é intrigas de sus rivales alargaron el cónclave hasta cincuenta dias cabales; al fin, la maña y constancia del cardenal prevalecieron sobre todos los estorbos. Fué elegido papa, y tomó el gobierno de la Iglesia bajo el nombre de Clemente VII. Este nombramiento mereció la aprobacion universal. Se aguardaba todo de un papa á quienes sus grandes talentos y consumada experiencia en los negocios hacian propio igualmente para defender los intereses espirituales de la Iglesia, amenazada de un inminente riesgo por los progresos de las opiniones de Lutero, como para conducir sus operaciones políticas con la prudencia que exigieran las circunstancias. Unia á todas estas ventajas la de poder hacer respetar el estado eclesiástico por la autoridad suprema que ejercia en Florencia y por la opulencia de su familia.

El cardenal Wolsey, cuya ambicion no había desistido por la poca fortuna que había tenido en la eleccion precedente, se prometia otra más feliz en esta. Enrique escribió al emperador trayéndole á la memoria el empeño que había contraído de apoyar las pretensiones de su ministro. Wolsey, por su parte, puso en sus diligencias una actividad igual á la impor-



tancia del objeto que se proponia, y envió á sus agentes en Roma órden terminante de no reparar en promesas ni en regalos para el logro de sus miras. Mas Carlos, ó le había embaucado con vanas esperanzas que jamás tuvo intencion de realizar, ó juzgó que no sería prudencia contrariar la eleccion de un pretendiente con tantos títulos para salir airoso, como Médicis, ó tal vez los cardenales no se atrevieron á exponerse á irritar al pueblo romano, ensalzando todavía á la cátedra de San Pedro á un extranjero en el mismo tiempo en que su indignacion contra la memoria de Adriano estaba muy reciente. Wolsey, despues de tantas esperanzas burladas, y de tantos esfuerzos inútiles, tuvo todavía otra vez la mortificacion de ver colocado en el trono de la Iglesia á un papa, cuya edad poco avanzada y constitucion robusta no le dejaba siquiera el consuelo de esperar sobrevivirle.

Esta segunda desgracia le probó claramente la mala fe del emperador, y encendió en lo interior de su alma todo el encono que puede experimentar un hombre altivo, que se ve á un tiempo frustradas sus esperanzas y engañado vergonzosamente. Clemente, que conocia su carácter vengativo, probó á suavizarlo, nombrándole legado en Inglaterra durante su vida, con poderes tan amplos que le trasmitian casi toda la autoridad papal en este reino; mas la afrenta que Wolsey acababa de recibir, había roto para siempre los nudos que le ligaban al emperador y no pensó desde aquel instante sino en vengarse. Le fué preciso, sin embargo, diferirlo y ocultar su intencion á su amo hasta que por una série de circunstancias felices, que nacerian del tiempo, pudiese por grados separarlo del emperador. También, léjos de manifestar ningun descontento por la repulsa que había sufrido, afectaba siempre en público y en particular mostrarse muy satisfecho de la eleccion de Clemente.

Enrique había cumplido durante toda la campaña con la mayor exactitud los empeños que había contraído con el emperador en su liga comun contra el rey de Francia; mas sus operaciones no habían tenido toda la celeridad que había deseado. Su ciega prodigalidad, y

negligencia extrema en la economía de sus rentas le dejaban á menudo sin recurso de dinero. El modo de guerrear en Europa se diferenciaba mucho del que existía antes. En igual de aquellos ejércitos juntados á prisa, que seguían á su príncipe á la guerra á las órdenes de cabos particulares, salían á campaña por algunos meses y servían á sus propias expensas, se levantaban con grandes costos en tiempos de Enrique tropas que recibían una paga reglada y muy fuerte. No se veía ya en los partidos beligerantes aquella impaciencia de terminar la contienda por la suerte de una batalla, que decidía ordinariamente del destino de países abiertos é indefensos y dejaba á los barones la libertad de volver con sus vasallos á sus ocupaciones diarias; las ciudades estaban entonces fortificadas con arte y defendidas con obstinacion; la guerra, de un arte sencillo al principio, se había convertido en ciencia muy complicada y las campañas eran, por consiguiente, más duraderas y más penosas, y ménos decisivas. Los gastos que estas mudanzas mudanzas en el arte militar ocasionaron por necesidad, parecieron cargas insoportables á los pueblos, que estaban acostumbrados á pagar leves impuestos. De aquí vino aquel espíritu de economía y aun de parsimonia que animaba en aquel siglo á los parlamentos de Inglaterra, y que Enrique, á pesar de toda su autoridad, no pudo someter sino raras veces. Los Comunes, habiéndole negado por esta vez los subsidios que pedía, hizo valer una prerogativa extensa y casi ilimitada que los reyes de Inglaterra poseían entonces, y por medio de este uso extraordinario y violento de su autoridad se proporcionó el dinero que necesitaba.

Mas tal arbitrio consumió tanto tiempo, que la estacion se hallaba muy avanzada ya antes que su ejército pudiera salir á campaña bajo de la conducta del duque de Suffolk. Este general, despues de la union de un cuerpo considerable de flamencos, marchó á Picardia; y como Francisco, arrastrado por una impaciencia insensata de recobrar el Milán, había dejado esta frontera casi sin defensa, Suffolk penetró hasta las orillas del rio Oise, á siete leguas de Paris, y consternó á esta capital; mas





la llegada de un destacamento despachado por el rey, que estaba todavía en Leon; la bizarría y actividad de los oficiales franceses, que no dejaban respirar á los enemigos día y noche; el rigor inaudito de un invierno anticipado y la falta de víveres, forzaron á los ingleses á retirarse, y la Tremouille, que mandaba, tuvo la gloria de atajar con un puñado de soldados la marcha de un ejército formidable, y de arrojarlo vergonzosamente del territorio de Francia.

No fueron más dichosas las tentativas del emperador contra Borgoña y la Guyenne, aunque la misma negligencia por parte de Francisco hubiese dejado también estas dos provincias muy mal defendidas. La conducta y valor de sus generales suplieron su falta de prevención; los alemanes, que habían hecho una irrupción en la Borgoña, y los españoles, que habían atacado á Guyenne, fueron rechazados asimismo con mucha pérdida.

Así finalizó la campaña de 1523, en la que Francisco tuvo tanta dicha y victorias, que la Europa comenzó á formar alta idea de su poder y recursos. Había descubierto y disipado una conspiración peligrosa, cuyo autor se vió forzado á expatriarse del reino, llevando en su compañía apenas un criado; había hecho malograr todos los proyectos de una liga poderosa formada contra él; había defendido sus Estados, acometidos á un tiempo por tres diferentes lados, y si su ejército de Italia no había adelantado en el Milanés todo lo que podía aguardar de la superioridad de sus fuerzas sobre las del enemigo, había, á lo ménos, reconquistado la mitad de este ducado, del que quedaba poseedor.

La campaña siguiente se abrió por sucesos funestos á la Francia. Perdió á Fuenterrabia por la cobardía ó traición de su gobernador. En Italia, los aliados resolvieron redoblar de diligencia, de vigor y de actividad para arrojar á Bonnivét de la parte del Milanés, que está al otro lado del Tesino. Clemente, que había mostrado un odio implacable contra la Francia en los pontificados de Leon y de Adriano, comenzó á ver el poder que el emperador adquiría diariamente en Italia con ojos tan celosos,

que rehusó acceder, como habían hecho sus predecesores, á la liga formada contra Francisco; y olvidando sus pasiones y animosidad personal, trabajó en reconciliar á los dos bandos con todo el celo que convenia á su carácter. Mas sus esfuerzos quedaron sin efecto: un ejército florido, en el que cada uno de los aliados aprontó su contingente de tropas, se juntaba en Milan desde principios del mes de Marzo. Lannoy, virey de Nápoles, tomó su mando por muerte de Colonna; pero la principal dirección de las operaciones de la campaña se confió á Borbon y al marqués de Pescara.

El último era el más hábil y animoso de los generales alemanes; el resentimiento que animaba á Borbon redoblabá su actividad y multiplicaba sus arbitrios; su conocimiento del carácter de los generales franceses y de la índole de sus tropas, de la fuerza y debilidad de sus ejércitos, le colocaba en estado de hacer los mayores servicios al partido que había abrazado. Mas todas estas vensajas iban bien pronto á inutilizarse por la imposibilidad en que se encontraba el emperador de proporcionar bastante dinero para la ejecución de los vastos y diversos planes que había formado. Cuando los generales quisieron hacer marchar sus tropas, se amotinaron pidiendo la paga que se les debía desde algunos meses, y sin atender á las amenazas ni promesas de sus oficiales, declararon resueltamente que saquearían á Milan si no se les satisfacía sin demora. Los generales aliados salieron de tal apuro por Moron, que gozaba con sus compatriotas un ascendiente tan prodigioso, que les hizo anticipar la suma que se pedía, y el ejército salió á campaña al instante. Bonnivét carecía de bastantes tropas para hacer frente á este ejército, y aún más de los talentos necesarios para medir sus armas con los generales enemigos. Después de muchos movimientos y combates, que los historiadores de aquel tiempo han escrito con mucha exactitud, pero que distan demasiado de nosotros hoy en día para para instruirnos ó interesarnos, se vió forzado á abandonar un campo muy ventajoso, en donde se había atrincherado en Biagrassa. A poco después, en parte por su mala dirección, en parte por la actividad



de los enemigos, que hostilizaban y arruinaban á su ejército con escaramuzas continuas, evitando incesantemente la batalla que él les presentaba, en parte asimismo por el capricho de seis mil suizos que rehusaron agregársele, sin embargo de distar una sola jornada de marcha, se vió reducido á la necesidad de tentar su retirada á Francia por el valle de Aost. Apenas había llegado á las márgenes del Sessia y comenzaba á pasar este río, cuando Borbon y Pescara se dejaron ver con la vanguardia de los aliados y cargaron sobre su retaguardia con la mayor impetuosidad; Bonnivét, que se portó con la mayor bizarría, recibió al principio de la acción una herida tan peligrosa, que se vió obligado á dejar el campo de batalla. El mando de la retaguardia se fió entonces al caballero Bayard; este bravo oficial era tan poco cortesano, que jamás llegó á mandar en jefe; mas en el momento del peligro se recurría siempre á él, y se encontraba entonces encargado de los puestos más difíciles é importantes. Se puso al frente de los gendarmes, y animando á los soldados con su presencia y ejemplo á sostener el choque de los enemigos, ganó tiempo para cubrir la retirada de lo demás del ejército. Recibió en este reencuentro una herida que conoció pronto ser mortal, y no teniendo ya fuerzas para mantenerse á caballo, dió orden á uno de sus criados que le descansara contra un árbol, vuelto el rostro hácia el enemigo; allí, clavando la vista sobre el puño de su espada, que tuvo levantada en vez de crucifijo, dirigió una oración á Dios, y en esta postura tan digna de su carácter, como guerrero y como cristiano, aguardó tranquilamente la muerte. Borbon, que guiaba la vanguardia de las tropas enemigas, encontrándole en esta situación, le dió á entender su pesar y lástima. «No me compadezcáis, »le gritó este bravo caballero; yo muero como »hombre de honor, haciendo mi obligación: es »menester lamentar á los que pelean contra su »rey, su patria y su juramento.»

El marqués de Pescara, que pasó al mismo tiempo por este sitio, manifestó igualmente su admiración á las virtudes de Bayard, y su sentimiento por su muerte, con toda la sensibilidad de un enemigo generoso; mas viendo que

no se podía sin riesgo trasladarlo del lugar en que estaba, mandó armar una tienda de campaña y dejó en ella á algunas personas encargadas de asistir á este gran hombre. Su esmero no pudo salvarle; murió, como habían muerto sus abuelos desde muchas generaciones, en el campo de batalla. Pescara mandó embalsamar su cuerpo y lo envió á sus parientes. Tal era el respeto en aquel siglo al mérito militar, que el duque de Saboya dió orden de tributar al cadáver de Bayard los honores que á los reyes en todas las ciudades de sus dominios por donde transitó; y en el Delfinado, patria de este héroe, el pueblo de todos estados y de toda calidad salió en procesion numerosa á recibir el cuerpo.

Bonnivet volvió á Francia las reliquias de su ejército, y Francisco se vió en una corta campaña despojado de todo lo que poseía en Italia, en donde no contaba ya con un solo aliado.

Mientras que la guerra encendida por la rivalidad de Carlos y de Francisco abrasaba tantas regiones de Europa, Alemania gozaba una paz profunda, muy favorable á la reforma, que continuaba en progresar todos los días. Durante el retiro de Lutero en el castillo de Wartbourg, Carlostadt, uno de sus discípulos, animado del mismo celo que su maestro, pero ménos prudente y moderado, se había metido á sembrar entre el pueblo bajo opiniones tan extravagantes como arriesgadas. Alentado éste por sus exhortaciones, se sublevó en muchas aldeas de Sajonia, corrió con furor á las iglesias, echó á tierra é hizo pedazos las imágenes con que estaban adornadas. Estos desórdenes y violencias se oponían tanto á todas las máximas del prudente elector, que á no haberse reprimido prontamente, habrían bastado para desaficionar del partido de los reformadores á un príncipe celoso de su autoridad, y que temía ofender al emperador y demás protectores de las opiniones antiguas. Lutero, que conocía este riesgo, salió al instante de su retiro sin aguardar el permiso de Federico, y regresó á Wittemberg. Por felicidad de la reforma, la veneración á su persona y á su autoridad era todavía tan grande, que su presencia sola cal-